

# Fronteras de la modernidad en América Latina.

## Introducción

Las discusiones en torno a la modernidad en América Latina ofrecen hoy un cuadro singularmente heterogéneo. Su rasgo más llamativo es la independencia epistemológica, adquirida precisamente a partir de la crisis que desde la década de 1980, empujara a los países del subcontinente a los abismos de una avanzada globalización. Desde entonces, no hay prácticamente ningún ámbito relacionado a los estudios culturales y las humanidades que no se haya insertado, de una u otra manera, en el debate de la modernidad. Los modos de hacerlo revelan una doble y difícil estrategia que consiste en la elaboración de narrativas descolonizadoras que, al mismo tiempo, desconfían de las promesas de un orden discursivo propio. La búsqueda de una independencia epistemológica se orienta por caminos paradójicos, que un Walter Benjamin tal vez habría llamado ‘pensamiento después de la barbarie’. El ‘después’ no se refiere a una lógica temporal, sino al camino intelectualmente más riguroso con que se puede enfrentar el desencanto: – el que indica la necesidad de un constante sondeo crítico de las herramientas analíticas e interpretativas con las que se enfrenta el inestable presente que vivimos, quizá imposible de objetivar desde un solo y abstracto discurso.

En tanto matriz de historización, el presente es ‘moderno’ con respecto a un desequilibrio constitutivo. La modernidad ha sido siempre, en el caso de América Latina, una modernidad en crisis, y ha provisto una base discursiva *pro domo* desde la cual pudieron formularse tanto anhelos de identidad y legitimidad como estrategias de diferencia cultural. Aprender los discursos “centrales” de la modernidad ha implicado –debido a la específica situación poscolonial del continente– tanto la articulación de proyectos de autolegitimación como de apropiación crítica, tanto la afirmación identitaria como el descentramiento de normas y categorías metropolitanas. Tal asimetría histórica –que, según algunos, se podría caracterizar como ‘dependencia’ epistemológica–, dificultó la posibilidad de formar un orden discursivo propio, prolongando, entonces, los anhelos de lograrlo. Sin embargo, y más allá de deseos utópicos y totalizadores, hablar de una *modernidad periférica de rasgos diferenciales*, implica reconocer, necesariamente, una larga trayectoria de múltiples descentramientos de los ‘discursos modelo’.

La independencia epistemológica a que nos referíamos no implicaría, entonces, una simple superación de las contradicciones e impases del proyecto histórico y cultural que se orienta hacia la construcción de un ‘sujeto latinoamericano’. Al contrario, se

trataría de una autorreflexividad que ha sabido desentrañar la búsqueda de un universalismo de base latinoamericana, con formas de historización capaces de asumir la particular situación hermenéutica en que se encuentra el pensamiento periférico: la de no poder comenzar desde un supuesto punto cero —el del ‘territorio de la razón’ eurocéntrica y colonialista— sino desde variadas condiciones de desequilibrio y desigualdad con respecto a discursos centrales. ‘Ser moderno’ significa hoy, para el pensamiento cultural latinoamericano, actuar desde ámbitos concretos que se describen con las metáforas de *frontera* y *margen*, que hemos tomado como base conceptual en la convocatoria del congreso internacional que dio base a este libro. Estas metáforas señalan la existencia de proyectos analíticos y hermenéuticos que no operan ni desde un anhelo universalista, ni desde las certezas que depararían el particularismo cultural o la supuesta autonomía de la crítica. En ese sentido y hablando epistemológicamente, “fronteras de la modernidad” designa una nueva autoconciencia cultural y crítica, cuya base estratégica ha resultado en un descentramiento teórico.

Uno de los constantes desafíos que enfrenta el debate latinoamericano es el de combatir un nuevo historicismo imperial, que propone cancelar la noción de *historia* entendida como procesos heterogéneos de luchas entre modelos alternativos de organización e imaginación social, política y cultural. La reproducción global del capital está generando un nuevo estado hipnótico de enorme eficacia a nivel cultural y simbólico. En medio de él resurgen las consignas del obstinado historicismo neocolonial. Se trata de los postulados hegemónicos que vienen desde los centros, de un “todavía no” o un “futuro postergado” para ciertas regiones y posiciones enunciativas, de un “no estar a la altura de”, o un “tener que cambiar antes de reclamar legitimidad”, una carencia discursiva por inmadurez histórica, en términos de lenguaje y razón, la cual se extiende a las carencias de información e inserción en las redes de dominación electrónica. Sin embargo, no cabe recaer en antiguos esquematismos y confundir los desarrollos actuales con una simple reinstitución del principio totalizador —ahora descrito como linealidad totalizadora que ‘actúa’ desde el mercado triunfante. Las cosas no son así de fáciles. La reproducción del capital ha impuesto dinámicas globales que coinciden en su lógica de ir aumentando la desigualdad. Pero hay que enfrentar una dolorosa aporía que ha logrado cambiar las condiciones de pensamiento, no sólo en América Latina. La tensión conceptual y ética entre la globalización del capital, por un lado, y la crisis de las nociones universalistas, por otro, debe mantener ágil un pensamiento no abstracto ni totalizador, que mantenga viva la posibilidad de alternativas en distintos registros. El mencionado desequilibrio está marcando la labor de las ciencias sociales y las humanidades hoy, y si el pensamiento posmoderno “legítimo” (en los centros) ha perdido su terreno de reflexión crítica, podría pensarse que esto ha ocurrido por haber sacrificado sus criterios descentralizadores a la luz de los escenarios pos-1989.

En América Latina, la crítica del historicismo hegemónico de la modernidad sigue siendo un principio clave de la discusión que ha marcado, desde ángulos diversos, una radical reformulación de los problemas de nacionalidad, transnacionalidad, multiculturalismo y globalización. En ese contexto se ha desafiado una larga tradición de imaginación de lo nacional, tanto en la deconstrucción de su subconsciente normatividad, como también en lo referente a las identidades colonizadas por el discurso occidental. Desconstruir el peculiar nexo entre expansión (neo)colonial y

dominación epistemológica, inscrito en el proyecto occidental de la modernidad, ha sido criterio de no pocas perspectivas en el subcontinente. No basta asumir los márgenes como “tema”, sino que es necesario convertir los márgenes en el punto de partida para un pensamiento descolonizador. Ese pensamiento, sin embargo, se ha resistido a ser calificado como “poscolonial”. Si ciertas perspectivas de los estudios poscoloniales operantes en la academia angloamericana han tendido hacia la rotunda identificación de ‘modernidad’ y ‘colonialidad’, pensar las fronteras de la modernidad desde América Latina significa poner en crisis tal asimilación.

Es necesario recordar que la modernidad nunca es *sólo* colonialidad – hecho que se tiende a tomar por sobreentendido en los centros, y que lleva a buscar lo colonial preferentemente en los ‘otros’ territorios. De modo inverso y cuando se mira la cuestión desde el centro, la modernidad en los bordes carga no pocas veces el estigma de colonialidad hasta en la precodificación de su estatus enunciativo y reflexivo. Hay una sutil implicación retórica en ese gesto de convertir condicionamientos históricos en preámbulos para la legitimidad de un discurso crítico –por ejemplo la atribución del estatus de ‘colonizado’ a los intelectuales de los países periféricos. Ese fenómeno de sutil ‘desposeimiento epistemológico’ al cual el *otro* es sometido, se manifiesta en la desigual atribución del derecho a la apropiación crítica de modelos centrales. Las discusiones recientes en los ámbitos de la academia angloamericana y europea no han dejado de alimentar la sospecha de que el derecho a la soberanía epistemológica se reserva a sujetos intelectuales que operan desde lugares “legítimos” de producción de conocimiento. En otras palabras: ¿en qué puede consistir hoy la ‘soberanía’ del intelectual periférico, habitante epistemológicamente desposeído, que opera desde escenarios neocoloniales? ¿Puede y debe cuestionar el determinismo de su contexto inmediato para insertarse de igual a igual en los debates centrales? ¿Puede reclamar ese intelectual una ‘modernidad’ de pensamiento que no sea condicionada por el ‘fatalismo histórico’ de su región? ¿Qué sucede cuando ese intelectual se comienza a ocupar del inconsciente colonial de sus colegas del Norte, ahora desentrañando las fisuras modernidad/colonialidad en aquellos lugares de los cuales suelen ser expulsadas?

Los debates culturales no han dejado de desconstruir, desde diferentes ángulos disciplinarios e intereses políticos, los nexos entre las prácticas de expansión colonial y las de dominación epistemológica. Y no es de sorprender que una parte de las perspectivas poscoloniales de la academia angloamericana haya categorizado de modo rotundo la ‘modernidad’ como mera ‘colonialidad’. Pero existen varios caminos por los que hoy se llega a la crítica de la modernidad. La perspectiva que presentamos en *Fronteras de la modernidad en América Latina* parte de posiciones de debate que no suscriben esa dualidad conceptual, sino que rescatan el carácter heterogéneo de la modernidad latinoamericana, y de la crítica que analiza sus bases epistemológicas. Los trabajos aquí reunidos proponen, más bien, un acercamiento hermenéutico-cultural a problemas de hegemonía y dominación y una especial atención a las dinámicas de contradictoriedad, heterogeneidad y fragmentariedad que han caracterizado las construcciones discursivas y culturales de la modernidad latinoamericana. De acuerdo a las propuestas de este libro, una hermenéutica de la heterogeneidad debe revelar las experiencias de discontinuidad histórica, la falta de unidad cultural, las lagunas éticas

de la política y, desde luego, los recursos y estrategias concretos que las perspectivas descentralizadoras están desarrollando desde Latinoamérica.

Con respecto a las condiciones de pensamiento durante el decenio reciente, son justamente las “fronteras de la modernidad” las que permiten desentrañar, según palabras de Martín-Barbero, el mundo de los que no piensan desde un lugar fijo, los que viven en los márgenes y hacen de ellos no sólo su objeto de estudio, sino el secreto de su transdisciplinarietà y el lugar móvil de su reflexión. Si una parte de la discusión relaciona la modernidad con un concepto de tiempo ‘no sellado’, discontinuo y anacrónico, en esa perspectiva se inserta el particular proyecto de historizar lo moderno desde los nexos entre cultura y comunicación. Ningún debate descolonizador puede pasar por alto hoy los profundos cambios que atraviesan las nociones de experiencia, saber, identidad y, desde luego, el concepto mismo de la cultura. Para un creciente número de teóricos latinoamericanos, en la comunicación está cifrada una dinámica constitutiva de la modernidad, una modernidad de contornos obviamente distintos a la que se conceptualiza en los márgenes de normas discursivas hegemónicas. La comunicación a nivel de experiencia e identidad, o sea, entendida hermenéuticamente, permite la exploración de los ámbitos marginales y diferenciales de la “ciudad letrada”. Permite comprender que lo moderno no puede existir separado de las historias en las que se entrelazan lo hegemónico y lo marginal de múltiples maneras, donde lo pedagógico no triunfa ya exclusivamente por el camino de los saberes y las artes autónomas, donde la performatividad de la política se vincula con el carácter de una secularización sumamente contradictoria, donde la globalización opera por ‘abstracción’ (el capital) y al mismo tiempo por fragmentación, diseminación y relocalización de tradiciones, donde la tecnología aumenta la exclusión y al mismo tiempo recompone las fantasías y deseos de ‘ser modernos’.

El particular carácter de las experiencias para con la modernidad ha contribuido a trayectorias de investigación social y cultural en medio de las cuales nació el fenómeno de lo que podemos denominar ‘ciencias sociales de los márgenes’. Esas ‘ciencias sociales’ no solamente aspiran a miradas transdisciplinarias, sino que han establecido nuevos puentes entre discusión epistemológica y prácticas transgresoras de conocimiento. En otras palabras –y ahí se manifiesta una interesante diferencia entre América Latina y otras partes del mundo– las críticas epistemológicas de la modernidad han llevado a una radical ‘des-autonomización’ y hasta ‘des-especialización’ de estas ciencias. Empresa riesgosa y creativa al mismo tiempo, empresa intelectual donde la crítica epistemológica se entrelaza con la tendencia a desterritorializar dominios disciplinarios y discursos exclusivos y donde, por esa misma razón, las categorías heurísticas tienen igual autoridad que las normativas, permitiendo surgir nuevos mapas dialógicos entre la investigación epistemológica e histórica, la filosofía, las ciencias sociales, y los estudios de la cultura y la comunicación.

Los trabajos que reúne este volumen, resultado del *Tercer Congreso Internacional de Estudios Culturales Latinoamericanos* realizado en la Universidad de Pittsburgh los días 14-16 de Marzo de 2002, abordan las problemáticas aludidas desde distintos pero complementarios ángulos teóricos. En ellos se percibe, más allá de su diversidad, la voluntad de repensar la modernidad latinoamericana desde el nivel de sus imaginarios más variados, rescatando la heterogeneidad que fragmenta y activa los territorios

simbólicos latinoamericanos, tanto en sus manifestaciones culturales como en lo relacionado con los sujetos sociales que las producen y las agendas que los animan. Al mismo tiempo, los artículos que siguen coinciden, en su gran mayoría, en la atención a los conflictos concretos que resultan de la existencia de epistemologías, proyectos y prácticas que dialogan de manera tensa, en las distintas latitudes de América Latina, con paradigmas centrales y con modelos dominantes a nivel regional, nacional, y transnacional. Cada uno de ellos explora aproximaciones, respuestas o propuestas para un replanteamiento de los problemas que atañen a la implantación y colapso del proyecto moderno en América Latina, así como al estudio de sus efectos residuales, y de las condiciones de existencia política, social y cultural que la modernidad implantara en el subcontinente, desde los procesos de emancipación a nuestros días.

Abriendo el libro, bajo el título “Fronteras móviles, territorios resimbolizados”, se agrupan estudios que exploran escenarios, problemas y momentos históricos en los que las matrices sociales, culturales y políticas de la modernidad se enfrentan a los desafíos que presentan los procesos de globalización y las dinámicas de transnacionalización. Estos estudios se concentran en aspectos que caracterizan la particular entrada de América Latina a una modernidad que marcó a fuego el desarrollo histórico y social de sus países, no sólo con propuestas de progreso social e integración occidentalista en gran parte incumplidas, sino también con estrategias de exclusión de sujetos y formas culturales que rebasaban el registro acotado de las culturas nacionales. Como indica Renato Ortiz, los procesos de mundialización impulsan una modificación sustancial en la configuración y modos de habitar, material y simbólicamente, el espacio público, produciendo nuevas formas de territorialización que trascienden los espacios nacionales, proponiendo en su lugar ámbitos más extensos de interrelación y de acción política y cultural. Sin embargo, muchas batallas continúan teniendo como arena primaria los espacios nacionales. Tulio Halperin-Donghi se refiere al progresivo descaecimiento de estructuras socio-culturales –al “duelo por la modernidad”– en Argentina y Uruguay, y Nicolás Casullo se concentra en las nuevas formas de resistencia surgidas de la crisis argentina, en cuyo contexto se han activado nuevos actores sociales, y ensayado estrategias inéditas de convocatoria y expresión popular. ¿Cómo pensar, desde estos escenarios conflictivos y tradicionalmente subalternizados desde los grandes centros internacionales, el problema de la producción de conocimiento en América Latina? ¿Cómo reconfigurar instituciones y discursos para una aprehensión eficaz y creativa de los deseos, frustraciones y expectativas de nuevas generaciones que se integran a un panorama políticamente incierto, culturalmente fracturado, socialmente convulso? Santiago Castro-Gómez y Oscar Guardiola Rivera enfocan las transformaciones de la universidad como núcleo de producción, reproducción y difusión de conocimientos ante el colapso del proyecto moderno. En el tema se articulan problemas vinculados a la circulación de material simbólico y a la legitimación de saberes producidos desde las periferias de los grandes sistemas, explorando los modos en que la academia puede hacerse cargo de los nuevos desafíos planteados al desarrollo del pensamiento crítico.

El segundo apartado del volumen, “Secularización heterogénea: Mitos y creencias” aborda aspectos relacionados con la conformación de espacios simbólicos en los que el deseo se condensa en torno a imágenes, *performances*, ritualidades y procesos híbridos donde el pensamiento mágico interviene la producción de significados. ¿En

qué medida mitos y creencias logran articular imaginarios diferentes a los de la razón instrumental, y articular nuevas lecturas de lo social capaces –como propone Francine Masiello– de “limar el filo posmoderno”? Los ensayos reunidos en esta parte del libro analizan hasta qué punto la cultura popular, o los imaginarios del cine y la literatura constituyen un reducto cifrado a través del cual se expresan la imaginación y la fantasía de sujetos que son irreductibles a las corrientes dominantes de la modernidad. Bolívar Echeverría fija su atención en las interrelaciones entre el pensamiento político y el religioso, pensando las soberanías estatales como espacios de negociación y recomposición identitaria, en el posible contexto de una modernidad pos-capitalista. En el tema se anudan reflexiones sobre la magia de la mercancía como fetiche moderno, y sobre la fe, en tanto pulsión que orienta los procesos de acumulación del capital y la reificación del mercado. Al pasar del desencanto desacralizador al re-encantamiento económico, la sociedad actual requiere nuevas reflexiones sobre laicismo y religiosidad, como aspectos que atraviesan la configuración de la sociedad civil. John Kraniauskas analiza las interrelaciones entre Mariátegui, Benjamin y Chaplin como aproximación a un modernismo transculturalizado que impacta los procesos de producción y consumo masivo de bienes materiales y simbólicos. Particularmente en la obra cinematográfica de Chaplin se advierten, como Kraniauskas enfatiza en su lectura de la interpretación benjaminiana, tanto la violencia del capital como la posibilidad de una liberación catártica a través de la risa. La visión de Mariátegui, sin embargo, se resuelve más bien como lectura mítica, que baja hasta las bases mismas del capitalismo: la seducción del oro y la fascinación por la acumulación originaria, que el *clown* instala, desde el registro estético, como crítica radical del desarrollo tecnológico moderno.

“Imágenes de la modernidad” tiene como eje la reflexión sobre aspectos culturales que recogen, en el nivel de lo simbólico, corrientes de pensamiento y expresión popular que escapan, en gran medida, a los parámetros del canon literario y a las restricciones de la alta cultura. Del análisis de Adriana Rodríguez Pérsico sobre el periodismo argentino de fines del siglo XIX –la imaginería de *Fray Mocho* como cronista de la vida cotidiana– hasta el estudio del muralismo mexicano realizado por Javier Sanjinés, la imagen se revela como un dispositivo resignificador y como registro de dinámicas populares y ciudadanas que la modernidad ha relegado a los suburbios de los grandes sistemas. En el mismo sentido, el trabajo de Román de la Campa rescata el significado cultural y simbólico de *Buena Vista Social Club* como un diálogo nostálgico con el nacionalismo cubano y con los más amplios desafíos planteados por los procesos de globalización a nivel planetario. De la Campa explora el significado de esa nostalgia dentro de las dinámicas comerciales y políticas, en relación con una posible recuperación del pensamiento utópico y a partir de los parámetros inciertos del deseo y la memoria, que ya exceden los espacios originarios para conectarse, en un campo mayor, con públicos e imaginarios transnacionalizados. Sylvia Molloy, por su parte, explora modos alternativos de leer textos claves de la modernidad literaria latinoamericana, a partir de la categoría crítica de género. Estudia varias “escenas críticas” donde el cruce inestable entre modernidad y género permite advertir tensiones y negociaciones discursivas que nos exponen resistencias y transgresiones que remiten a las transformaciones sociales que interpretaciones tradicionales no alcanzan a vislumbrar o a elaborar productivamente.

“La frontera de cristal” a que alude la tercera sección de este libro nos devuelve a la idea de la existencia de zonas de contacto –más que de líneas divisorias– en las que conjuntos socio-culturales interactúan, en un impacto mutuo de símbolos, creencias, mercancías y mensajes que trastornan las nociones rígidas de identidad y reclaman nuevas estrategias representacionales e interpretativas. José Manuel Valenzuela se refiere en su estudio al carácter “central” de las fronteras como *locus* para intercambios multiculturales, el cual debe ser teorizado en el contexto de los actuales estudios culturales y poscoloniales. En tanto espacio de ruptura o apropiación, intersticio vaciado de sentidos fijos o potenciado por las dinámicas de transculturación y resistencia a los modelos dominantes, las culturas de frontera desafían a los espacios nacionales con sus dinámicas fuertemente relacionales y su producción de identidades múltiples e híbridas. Como analiza Cynthia Steele en ocasión del filme *Sin dejar huella*, las identidades fronterizas propician prácticas culturales marcadas por el signo de la discontinuidad y la pérdida de la certeza. Las categorías de género, el sentido simbólico de la mercancía, los aspectos emocionales y políticos que remiten a la violencia de la modernidad y a sus estrategias de exclusión, se someten aquí a nuevas lecturas, en un sentido similar al que analiza Renato Rosaldo en relación a “Tres sujetos latinos en San José”. Rosaldo parte de una definición abierta de modernidad en tanto paradigma que distintos sujetos actualizan y manejan en sentidos diversos, y se pregunta “¿hay diferentes grados de modernidad?”, poniendo ese concepto en relación con dimensiones de subjetividad marcadas por el género sexual. Basado en el estudio de casos específicos tomados de películas, estudia la representación de sujetos latinos y el carácter contestatario que asumen sus prácticas sociales. Las imágenes que se componen en este apartado presentan así, como en un juego de espejos, aspectos de la diversidad identitaria en zonas fronterizas, pero también las alternativas que estas modalidades culturales plantean a las formas modernas, esencialistas, excluyentes y verticalizadas, de concebir la subjetividad individual y colectiva.

“Moderno/ pos-moderno: espacios, divergencias e interrogantes” presenta cinco estudios que abordan desde un punto de vista teórico las definiciones y límites de lo moderno, el lugar de la cultura en escenarios globales, y los desafíos del multiculturalismo para el caso de América Latina. Hans Ulrich Gumbrecht analiza los alcances globales del concepto de posmodernidad y reivindica la dimensión espacial por sobre la temporal como parámetro para inscribir la experiencia posmoderna. Según Gumbrecht, debemos aprender a re-habitar el espacio, tanto en nuestras vidas cotidianas como a nivel epistemológico, para captar ese conjunto de dimensiones culturales que llamamos posmodernidad. Este viraje del tiempo al espacio –este proceso de des-temporalización que rompe con una tradición occidental de siglos, nos estaría instalando en la búsqueda de una nueva referencialidad que nos devuelva a un contacto más cercano con el mundo, tanto a nivel existencial como epistemológico.

Pensando los cambios que la posmodernidad ha detectado en nuestro conocimiento de lo social y de lo cultural, Enrique Dussel instala, por su parte, el concepto de transmodernidad, poniéndolo en contacto con la la noción de “diferencia latina”, propiciando así una lectura *otra* de la especificidad latinoamericana que escapa a los parámetros eurocentristas. Su interpelación intenta incidir en un horizonte primariamente pedagógico, que alcance las ideas de lo *hispano* o *latino* como experiencias que, desde una fuerte base social, se sitúan, desde su particularismo

histórico y cultural, en una dimensión diferente en el espacio simbólico y político del occidentalismo. Rescata así la especificidad hispano/latina como experiencia cotidiana de comunidades que viven inmersas en una heterogeneidad que rebasa los modelos niveladores y reductivos pensados para otras realidades culturales, tratando de impulsar una experiencia crítica de esos modos de ser y habitar el espacio cultural latinoamericano. Desde esta perspectiva, propone una lectura que invierte las cartografías colonialistas y visibiliza agentes, sujetos, prácticas y proyectos culturales que los esquemas tradicionales dejaban en los márgenes de las narrativas civilizatorias. También en su estudio, como de otra manera en el artículo de Gumbrecht, la dimensión espacial es fundamental: implanta lo hispano/latino como un modo de habitar historia y territorio, pero también como una forma de vivir la tradición y la noción de origen, y como el asiento material de una cartografía y una genealogía capaces de reivindicar los lugares precisos –geográficos, históricos, antropológicos, simbólicos– que dan lugar al surgimiento de subjetividades colectivas y proyectos sociales.

Carlos Pereda aporta una lectura original de las dinámicas interculturales y un análisis de las lecturas y respuestas que pueden elaborarse de esta rescatada dimensión de lo social, surgida de las fisuras del homogeneizante proyecto moderno. Dentro de su línea de crítica de la “razón arrogante” llama la atención sobre las tramas normativas, las fetichizaciones y tradiciones naturalizadas en el discurso sobre y desde la modernidad para rescatar sobre todo los valores de la libertad y la diversidad cultural como bases para enfrentar los retos de lo intercultural en medio de las dinámicas de globalización.

Jens Andermann enfoca, en ocasión de su crítica a *Restos pampeanos*, de Horacio González, el problema del culturalismo dentro de las nuevas corrientes de pensamiento crítico, y el modo en que algunos temas centrales a la interpretación cultural –los nexos que vinculan Estado y cultura, la relación entre mito y logos, la noción de multitud, el valor del lenguaje, la posibilidad de recuperación de un pensamiento político– son abordados en algunas propuestas recientes en Argentina, uno de los espacios en que las promesas de la modernidad han estallado con mayor violencia.

Cerrando este apartado, el texto incorporado por Ernesto Laclau abre nuevas avenidas para la reflexión sobre democracia y formación de identidades, dos temas que han marcado centralmente el proyecto de la modernidad en América Latina. Explorando el alcance de los conceptos de libertad, autonomía y universalidad, Laclau vuelve sobre los temas de poder y hegemonía que ya tratara exhaustivamente en textos anteriores. Según Laclau, las identidades sociales no pueden existir sino a través de procesos de representación, que implican, de una manera u otra, la instancia de universalidad, y los juegos de lenguaje a través de los cuales la representación se hace posible. Al mismo tiempo, la negociación democrática implica la existencia de una autonomía necesariamente contaminada de heteronomía, es decir, atravesada por las demandas de diversos agentes sociales, cuyas luchas requieren pactos y alianzas que constituyen el nivel de lo político. Laclau propone dar consideración al lugar de la particularidad como instancia necesaria de los procesos de universalización. Desde aquí, las políticas de la *diferencia* pueden ser repensadas de una manera no-radical, que no excluya la posibilidad de estrategias políticas más amplias.

En la sección final de este volumen, tres artículos abordan los “destiempos” de la modernidad y sus distintas formas de escenificación cultural, y un cuarto nos remite a



las dinámicas de la violencia colombiana, como extremación de las contradicciones y perversiones de la modernidad latinoamericana.

Jesús Martín-Barbero enfatiza la materialidad y heterogeneidad de los espacios culturales latinoamericanos, proponiendo que todo enfoque de la modernidad exige una estrategia interpretativa que recupere tanto las continuidades como las rupturas que se registran a nivel cultural. Recoge así las contradicciones y la diversidad de lo social, es decir, la consideración de los múltiples ritmos, contradicciones y resistencias que marcan la inscripción de nuestras sociedades latinoamericanas en el proyecto moderno, aplicado y absorbido de tan distintos modos en las diferentes regiones continentales. Como Martín-Barbero indica, la ciudad letrada ha manifestado ya su incapacidad para proponer políticas culturales que den cuenta de las hibridaciones entre lo autóctono y lo extranjero, lo popular, lo culto y lo masivo, y es a los estudios comunicacionales que corresponde ampliar el registro crítico para acceder así a sujetos, prácticas y agendas culturales propiamente modernas y al mismo tiempo atravesadas por la diversidad de múltiples discursos identitarios y temporalidades.

De un modo similar, Diana Taylor nos acerca al mundo del *performance* para mostrar, en un registro alternativo al propuesto por la ciudad letrada, una escena a la que se transfieren saberes, memorias y prácticas sociales con un sentido ritualizado y altamente simbólico. En la escenificación se dan cita oralidad y gestualidad, saberes colectivos y experimentaciones individuales, siendo el cuerpo y el comportamiento interindividual los vehículos que producen conocimiento acerca de la inserción del individuo en los conflictos y proyectos que constituyen lo social. Distinguiendo entre las nociones de *archivo* y *repertorio*, Taylor explora las formas y actuaciones de la memoria colectiva y el nivel de la visualidad como un sistema ‘discursivo’ otro, que nos permite explorar a nueva luz “los límites epistémicos de la modernidad”.

En su aporte a este libro, Carlos Monsiváis vuelve a niveles básicos para la comprensión de *lo moderno*: su fugaz temporalidad, el cambio permanente, la fractura de las certezas, el juego de las identidades. Articula en sus reflexiones los problemas del mercado y la globalidad, la crítica a los mitos nacionales, la relación entre arte culto y cultura popular, las relaciones entre modernidad y tradición. De algún modo, muchos de los problemas antes abordados desde perspectivas filosóficas, antropológicas, políticas o sociológicas, convergen en la pluma irónica y desacralizadora de Monsiváis para someterse a la prueba de un culturalismo crítico que nos permite a la vez poner distancia y acercarnos a la modernidad como a un objeto de estudio evasivo, multifacético e ineludible en América Latina.

Pero las últimas imágenes del libro corresponden a las entregadas por las páginas del antropólogo Michael Taussig, introduciéndonos a través de su diario a los contradictorios escenarios latinoamericanos y las avenidas azarosas que recorre la violencia. Colombia, como “tierra sin ley”, es el espacio que da pie a su relato: ámbito interferido por múltiples y extremadas dinámicas donde el sujeto es resimbolizado por prácticas en las que cuerpo y emociones son situados al borde de la muerte, y donde el torbellino de una modernidad perversa confunde propuestas y residuos, márgenes y discursos del poder, narrativas y microrrelatos en una realidad convulsa.

El viaje que se puede emprender, desde los primeros hasta los últimos estudios de este libro, es no sólo apasionante –por el calibre, variedad y profundidad de los

aportes— sino también, por momentos, desasosegante. Si es desde los parámetros de la modernidad —con sus contradicciones, desencantos y perversidades— que se puede llegar a conocerse la episteme de América Latina, los trabajos que componen este volumen serán sin duda un aporte imprescindible a ese conocimiento. Ellos diseñan no solamente la cartografía del pensamiento crítico desarrollado sobre ese campo de estudio en las últimas décadas, sino que ofrecen también propuestas que desarticulan los imaginarios teóricos disciplinarios y hasta sus propias bases epistemológicas, reivindicando la especificidad de la experiencia latinoamericana al tiempo que logran articularla a contextos mayores, sin fáciles abstracciones ni universalismos casuales, sino desde las bases experimentales de un pensamiento crítico rebelde e inquisitivo.

Este libro no hubiera sido posible sin el apoyo rotundo y caluroso de quienes auspiciaron el *III Congreso Internacional de Estudios Culturales Latinoamericanos* que reuniera a los investigadores arriba mencionados. Esos auspiciadores fueron: el Department of Hispanic Languages and Literature, el Center for Latin American Studies, el Faculty and College of Arts and Sciences, el University Center for International Studies, el Cultural Studies Program y la Oficina del Provost de la Universidad de Pittsburgh. Colaboraron también el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, que ahora publica este volumen, y el Roggiano Fund, que proveyera los fondos principales para la realización del evento. A todas estas entidades, va nuestro más sincero agradecimiento.

Nuestra gratitud, también, para todas las personas que colaboraron, de muy variadas maneras, tanto en la preparación y desarrollo del congreso como en la edición de este libro. Y nuestro mayor reconocimiento, por supuesto, a los investigadores que generosamente compartieron con nosotros en presencia, y ahora con el público lector, sus conocimientos, entusiasmo y proyectos, en un clima de colaboración y rigor intelectual que permite mirar con esperanzas el trabajo que queda por delante, sobre todo en sus aspectos éticos, profesionales y pedagógicos. Por último, nuestra gratitud va también a los aventajados estudiantes de la Universidad de Pittsburgh, que fueron clave no sólo en la planificación y desarrollo de nuestras actividades, sino en la concepción misma del encuentro, que debe a ellos gran parte de su éxito.

HERMANN HERLINGHAUS  
MABEL MORAÑA